

UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

13. EL CÍRCULO CERRADO



—¿Q UÉ ES eso? —proferí.
Parecía como un ciclópeo latido; una reverberación inubicable pero ubicua, que penetraba, más que por el oído, a través de cada poro.
El barón meneó la cabeza, con sonrisa de excusa.
—¡Veo que debí prevenirlo!...

—¿De qué se trata?

—¡Oh! Ningún cataclismo, créame... Sandor, que pone en marcha sus equipos.

Se me escapó un suspiro.

—¡Creí que era Satanás que se hacía oír!

—Bueno... Quizás haya algo de eso. ¡Algunos de los experimentos de mi primo...! — e hizo un gesto de festivo horror.

—¿En qué trabaja ahora? Nunca me habló mucho de lo que hace... Nuestros temas de conversación, lamento tener que confesarlo, se circunscribían al ámbito étlico-erótico. ¡Un verdadero diablo, este Sandor!

—Le gusta divertirse —admitió el barón Bathory, bonachonamente—. Pero en lo referente a cuestiones científicas, créame que se toma muy en serio su labor.

—No tengo la menor duda de que es un genio. ¡Sobran testimonios! —repuse, con sinceridad—. ¿Pero se puede saber qué intenta conseguir?

El barón caminó unos pasos, aproximándose al tablero de ajedrez junto al cual lo sorprendiera momentos antes. Levantó, en forma maquinal, una de las piezas y jugueteó con ella.

—Creo que es algo relacionado con la investigación espacial —me contestó—. Mi primo, que por regla general se muestra tan locuaz, sabe arreglárselas para guardar reserva sobre ciertos puntos. Supongo que debe tratarse de algún proyecto secreto... Ya ha trabajado en varios.

—¿Por cuenta de la NASA? —inquirí, sólo por conversar.

—No estoy seguro. Pero podría ser. A decir verdad —se franqueó—, no acostumbro entrometerme en esos asuntos, de los cuales, por otra parte, no comprendería gran cosa.

—Sin embargo, debe sentirse orgulloso de su pariente, barón... ¡Es una eminencia!

—Respeto su talento como hombre de ciencia. Aunque, ¿sabe, amigo mío?... a veces me pregunto si la misma ciencia merece que se la respete...

—En eso discrepo con usted, señor. Para mí, la ciencia, con sus pujantes avances, representa la única esperanza para la humanidad, frente a las fuerzas regresivas de la superstición y el hedonismo.

EL BARÓN sacudió la cabeza. No hubo animosidad en el gesto, aunque sí cierto porcentaje de obstinación. Depositó suavemente la pieza de ajedrez en uno de los escaques del tablero y, con la misma mano, describió un arco que abarcó varios de los atestados anaqueles.

—¿Ve todos esos libros? En un tiempo los devoré con ansia casi glotona... Hoy los conservo tan sólo como reliquias de una fe extinguida. ¡No encontré en ellos más que un círculo cerrándose invariablemente sobre sí mismo!

—Según eso, ¿para usted no habría futuro en la ciencia?

—Empecinándose en seguir un camino equivocado —repuso el barón—, mal puede llegarse a la meta propuesta.

—¡Esa idea me parece excesivamente pesimista! Claro que no puede pensarse en un éxito inmediato... Hubo y habrá tropiezos siempre; pero todos ellos representan intentos válidos, y loables, de alcanzar la verdad.

—Es posible.

—Y a mi criterio —añadí, autoexcitándome con mi argumentación—, la disciplina utilitarista de los estudios científicos constituye la garantía más confiable de que dispone nuestro actual intelecto.

El barón descansó una mano gentil sobre mi hombro.

—Se apasiona usted —sonrió—. Por lo que veo, no es el escéptico total que haría suponer la lectura de sus libros...

ME SENTÍ arder la cara.

—Le ruego que me disculpe, señor barón. En realidad, no hay motivo para discutir... El tema es demasiado amplio y, por otro lado, no me considero competente como para agotarlo.

—¡Por favor..., no se excuse, mi amigo! Su franqueza no podría disgustarme. Por el contrario, habla muy bien de usted... Considero que soy responsable, si es que hubo disputa, por dejarme llevar de mis ideas de recluso excéntrico... Por descontado —añadió— que esta biblioteca y todo su contenido quedan a su entera disposición.

—Muy agradecido, barón. Soy un lector voraz.

—Como lo fui yo. Hoy dedico mis ratos vacíos a otra distracción, que tal vez le parezca nimia —e indicó el tablero de ajedrez.

Maquinalmente, fijé la vista en las piezas.

¡Y de súbito me sentí presa de un vértigo inexplicable que me hizo palidecer!...

(Continúa)

¡NUEVAS DERIVACIONES! ¿QUÉ MISTERIO ENCIERRA EL ENIGMÁTICO TABLERO DE AJEDREZ DEL BARÓN BATHORY? ¡SENSACIONALES REVELACIONES EN LOS PRÓXIMOS EPISODIOS DE ESTA ESCALOFRIANTE NARRACIÓN! ¡HÉCTOR POLETTI SE SUMERGE CADA VEZ MÁS EN UN UNIVERSO DE PAVOR Y LOCURA, DEL CUAL VA A RESULTARLE MUY DIFÍCIL ESCAPAR! ¡EL NOVELISTA NO LO SABE AÚN, PERO ESTÁN EN JUEGO SU VIDA, E INCLUSO SU ALMA INMORTAL!... EL PRÓXIMO DOMINGO, DOS NUEVOS CAPÍTULO QUE LE ESTREMECERÁN DE TERROR! ¡NO DEJE DE LEERLOS!... ¡LOS RECORDARÁ POR MUCHO TIEMPO!

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos **policíacos, de fantasía y de ciencia ficción** en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y

paralelamente ha tenido incursiones en el **cómic**, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"El Umbral de las tinieblas" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com